

PASADOS FUTUROS EN LA PRENSA PORTEÑA A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

Pablo Martínez Gramuglia
Universidad de Buenos Aires

Resumen

La temporalidad en textos correspondientes a los tres primeros periódicos impresos de la ciudad de Buenos Aires, publicados entre 1801 y 1811, es el punto de partida para indagar en las características de la prensa en esos años. El análisis somero del proyecto editorial y de la construcción de un público lector en cada caso permite relevar una de las características salientes de esos textos: la (auto)representación de la prensa periódica como un reservorio de información para la escritura de la historia futura. En esa autorrepresentación puede leerse también la consolidación de un determinado período de tiempo como *época*: la *época de la prensa periódica*.

Palabras claves: Buenos Aires, historia de la lectura, modernidad, historia conceptual, período revolucionario.

Introducción

En febrero de 1810, en las vísperas de una transformación política y social cuyos alcances no llegará a ver en su propia vida, un brillante funcionario colonial que parece tener asegurado el éxito en ese mundo a punto de extinguirse da a conocer un texto que dice:

[...] un grupo de Patricios [...] proyectaron un nuevo papel, prestándose á trabajar, gratuitamente, para llenarlo, avergonzados de que la gran Capital de la América Meridional, digna hoy de todas las atenciones del mundo civilizado, no tubiese un Periódico en que auténticamente se diese cuenta de los hechos que la harán eternamente memorable, é igualmente sirviese de ilustración en unos países donde la escasez de libros no proporciona el adelantamiento de las ideas á beneficio del particular y general de sus habitantes. (*Correo de Comercio I*, “Prospecto”: 1-2)¹

¹ Cito el *Correo de Comercio* indicando el tomo en números romanos, el número en arábigos y la/s página/s en arábigos, separados por comas. La paginación responde a los tomos. El “Prospecto” no se considera un número, sino que constituye una entrega extraordinaria anterior a la salida del periódico en el que se explicita el proyecto editorial. La ortografía, la puntuación y todos los subrayados son originales. Lo mismo vale para los otros periódicos analizados.

El fragmento, que alterna entre carencias y riquezas, nos permite varias reflexiones. En primer lugar, su autor, Manuel Belgrano, vive en una ciudad que se celebra a sí misma y se considera digna de que el mundo civilizado le preste atención. Que tres meses antes de la Revolución de Mayo ya mencione los “hechos que la harán eternamente memorable” no tiene relación con el movimiento independentista, del cual poco puede anticipar todavía, sino con una evaluación del pasado reciente de cuya excepcionalidad este futuro revolucionario no duda: Buenos Aires, después de convertirse en capital de un virreinato, ha visto multiplicar su población y crecer su economía, enriquecido su cultura y enfrentado con éxito dos invasiones de Gran Bretaña, la potencia europea que va camino de convertirse en hegemónica en Occidente. En febrero de 1810, un universo de sentidos (y de prácticas y de acciones) está por desmoronarse; de ese cambio la historia posterior hará un partaguas, mito fundacional y motivo de orgullo de una nación, la Argentina. Pero ya entonces se juzga la situación como extraordinaria.

El fragmento informa también sobre quiénes tomaron para sí la tarea de darle sentido a la época². Ese “grupo de Patricios” se hace cargo por igual de las señaladas virtudes como de las carencias; “patricios” en el doble sentido de élite social y de criollos, nacidos en la “patria” porteña. En ellos recae la vergüenza por no contar con un medio acorde a los altos méritos de la “gran Capital” en la que viven, que sólo puede ser subsanada con la creación de un periódico. Una carencia, entonces, que genera en ellos la obligación de crearlo para suplir, a su vez, otra carencia, al parecer insoluble: la escasez de libros. Esa élite social era el grupo alfabetizado en la ciudad colonial; ellos toman para sí la doble obligación de dar a conocer al mundo las proezas porteñas y de ilustrar a un público local que no tiene libros. “Ilustrar”, a su vez, tiene como objetivo ulterior el “adelantamiento de las ideas”.

De ese modo, y esta es la tercera de las cuestiones sobre las que este fragmento nos obliga a preguntarnos, Belgrano da cuenta de dos funciones que parecen idiosincrásicas de la letra impresa: la difusión de ideas “útiles” para los contemporáneos y la conservación de hechos significativos para el lector futuro. En atención a la primera de estas funciones, el *Correo de Comercio* (el periódico del cual este texto es un “Prospecto”, es decir, un adelanto), al igual que sus predecesores en la historia de la prensa porteña, nació con el objetivo central de instruir a sus lectores, como parte de un programa ilustrado de cambio social a través de la educación³. “Ilustrar”, tal como lo usa

² Entiendo, con Hans Robert Jauss, una época como una unidad que permite reconocer un mundo común si alberga una autoconcepción, una imagen de sí misma (Jauss 2004: 65-67). La reflexión de Jauss señala tres umbrales de época en el largo despliegue de la modernidad, 1800, 1850 y 1912, y cómo hacia mediados del siglo XIX cambió la función de la experiencia estética, que pasa de comprender el propio tiempo como unidad (lo que sería típico del arte hasta 1850) a reflejar expectativas que ya no coinciden con lo vivido, es decir, a anticipar el cambio de época y ya no a darle sentido. En ese sentido, la literatura se torna un heraldo de las experiencias (imaginadas) por venir.

³ Recupero en este trabajo algunas hipótesis ya expuestas previamente, aunque con otros intereses. He analizado los proyectos editoriales y la construcción de un lector ideal en los primeros periódicos porteños en Martínez Gramuglia 2012, así como aspectos particulares en los otros artículos propios mencionados en la bibliografía.

Belgrano, tiene el significado de enseñar, educar⁴. En cierto sentido, en tanto el letrado se define por su manejo de la escritura, poder escribir, hacerlo e ilustrar resultan acciones lógicamente encadenadas.

El “adelantamiento de las ideas” es sólo posible gracias a la existencia de libros, o bien de sus improvisados sucedáneos, los periódicos. Lectura y progreso se implican mutuamente; por ello la vergüenza de los patricios es también la falta de producción textual en una ciudad admirada por todo el “mundo civilizado”. El “Prospecto” del *Correo de Comercio* forma parte de una serie de textos sobre la lectura en la primera década del siglo XIX, que se inicia con la presentación del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata* y halla su culminación -y un desvío fundamental- en la *Gazeta de Buenos Ayres*. Leer adquiere en ellos un sentido específico, en el cual se cifran no sólo las esperanzas ilustradas, sino un modo de entender el funcionamiento de la lectura en el marco de una cultura impresa con fuerte presencia de la oralidad. Pero la marca ilustrada de la lectura o, mejor, la marca “ilustradora” de la escritura deviene un motor textual que genera discurso y asigna roles: se escribe para ilustrar, se lee para ilustrarse.

La segunda de las funciones a las que se refiere Belgrano, en cambio, abrevia en una tradición mucho más larga y, podría decirse, más prestigiosa para entonces que la Ilustración. La asociación de escritura y posteridad, que también es de escritura y pasado (y de un pasado imaginado valioso para el futuro), tiene para entonces el valor de un truismo arraigado: de la sentencia de Cayo Tito en el Senado romano (*scripta manent*) y la de Job en el Antiguo Testamento (Job 19, 23-24: “Quis mihi tribuat, ut scribantur sermones mei? / Quis mihi det, ut exarentur in libro / stilo ferreo et plumbeo, /in aeternum sculpantur in silice?”) a los típicos y tópicos elogios barrocos y neoclásicos del poder recordatorio de la escritura (ejemplos todos disponibles en el Río de la Plata cuando Belgrano escribe), lo escrito es garantía de permanencia. La conciencia de que ciertos hechos recientes harán la ciudad “eternamente memorable” no es sólo de los responsables del *Correo de Comercio*; también lo es de prácticamente todos los letrados del período, que escriben para la posteridad sin pedir permiso ni disculpas. El efecto es paradójico: en los textos de la primera década del 1800, hay una pulsión de futuro que se manifiesta en el saberse (ya) pasado; todo apunta hacia adelante, cuando se mirará hacia atrás y se valorarán los hechos memorables del presente y del pasado inmediato. Invirtiendo la idea de Reinhart Koselleck, lo que se construye en la literatura de la época es un pasado futuro⁵: así como Koselleck veía en los “futuros del pasado” la clave para entender una nueva percepción del tiempo histórico específicamente moderna en la que el

⁴ El *Diccionario de la lengua castellana* (llamado *Diccionario usual*) de la Real Academia Española, en su edición de 1803, da como primera acepción del término “dar luz al entendimiento”. El *Diccionario de la lengua castellana (Autoridades)* (tomo IV), de 1734, es más explícito, también en la primera acepción: “dar luz ó aclarar alguna cosa, ya sea materialmente, ya en el sentido espiritual de doctrina o ciencia”.

⁵ La idea es de Koselleck, pero la formulación verbal de “futuro pasado”, al igual que *futures past* y *futur passé* serían más bien responsabilidad de los traductores al castellano, inglés y francés del título *vergangene Zukunft*, “futuros del pasado”, “futuros anteriores (que tuvieron o no lugar)”. Ver la introducción de Keith Tribe a la traducción norteamericana (Koselleck 2004: xi).

horizonte de expectativas se separa cada vez más de las experiencias vividas (Koselleck 2004), los pasados futuros (pasados del futuro) que aparecen en los relatos contruidos a partir de los cambios políticos del Río de la Plata incluyen una serie de expectativas cuya comparación requiere de una fuga hacia adelante: nada tan glorioso como el presente, excepto el futuro.

Que entre 1801 y 1810, cuando en Buenos Aires se instala un nuevo medio de comunicación, la prensa periódica -cuyo despliegue a lo largo de la década reorganiza el universo de los discursos sociales-, los textos producidos en esa ciudad adquieran esa pulsión de futuro obedece no sólo a cuestiones ideológicas, sino también a los nuevos soportes materiales que están disponibles para volver públicos esos textos. Y por la disponibilidad de esos soportes materiales puede pensarse una lectura futura: si sin escritura toda “literatura oral” está condenada a la caducidad y el olvido (aún en contextos de una fuerte presencia de la transmisión oral), la capacidad conservadora de la escritura -la connotación política del adjetivo no es central pero tampoco inapropiada en este caso- es compartida y reforzada por la imprenta cuando ésta aparece en Occidente. Al dar cuenta de los hechos que harán la ciudad “eternamente memorable”, Belgrano está contribuyendo al relato ya instalado de grandeza porteña y proyectándolo al futuro con la doble garantía de escritura e imprenta. Se trata de relatos orientadores, que organizan los sentidos y contribuyen a determinarlos, cuya temporalidad inscrita se tensiona en las demandas del pasado, el presente y el futuro. Como ha escrito Michel de Certeau, “del mismo modo que los *fetiales* romanos, los relatos ‘marchan’ delante de las prácticas sociales para abrirles un campo” (1996: 138).

Estos relatos no sólo abren las posibilidades de las prácticas futuras; también dan sentido a la realidad presente y al hacerlo exhiben las insalvables incoherencias de esa realidad, nunca del todo aprehensible por el discurso. En el marco de los profundos cambios sociales y culturales que agrupamos en la idea de “modernidad”, que empieza a desplegarse en el Río de la Plata en los años cruciales de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, la cambiante percepción de una realidad no menos cambiante da lugar a un producción literaria que reconfigura tanto las representaciones de la lectura como, más en general, el mundo simbólico.

En ese sentido, los primeros productos exitosos de prensa periódica impresa en Buenos Aires se definen a partir de la voluntariosa creación de un público lector allí donde, si hemos de creer a sus redactores, no lo había. Antes de aquellos, durante el siglo XVIII habían aparecido hojas volantes esporádicas para informar sucesos particulares; hubo también al menos un intento de periodismo manuscrito, y, por supuesto, circulaban y se leían publicaciones americanas y europeas⁶. La existencia de una imprenta en la capital virreinal, a partir del traslado de la vieja maquinaria jesuita desde Córdoba en

⁶ La primera gaceta manuscrita porteña que se conoce es de 1764. Ver Mariluz Urquijo 1988. La más antigua de las “noticias” impresas que se conservan, *Noticias recibidas de Europa por el Correo de España, y por la vía del Janeyro*, tiene fecha de enero de 1781, apenas llegada la imprenta a Buenos Aires, y si bien lleva el número 1, no hay datos respecto de su posible continuación. Ver Galván Moreno 1944: 27-28; Díaz 1997, vol. 1: 59-71; y Sánchez Zinny 2008.

1780, había posibilitado la publicación impresa de textos locales⁷. De ella, con la autorización imprescindible de los funcionarios virreinales, saldrían algunos libros, panfletos, libelos y hojas sueltas; y sin embargo difícilmente se podría decir que su llegada a Buenos Aires renovó significativamente la vida social. A comienzos del siglo XIX, el modo de circulación de la información en la sociedad porteña era principalmente oral: el bando oficial, el pregón de los serenos, el rumor, la conversación en puntos de reunión, el sermón y otros géneros de la oralidad secundaria informaban tanto sobre las minucias de la vida cotidiana de la ciudad como de los cambios políticos en la metrópoli y las noticias “internacionales” en general. El cambio tecnológico clave en la circulación de los discursos públicos no fue el *artefacto imprenta de tipos móviles* en sí, sino el *dispositivo prensa periódica* en el cual aquel se integra⁸.

El primero de septiembre de 1801, tardíamente en comparación con otras ciudades de América, de la única imprenta porteña salió el primer periódico impreso del Río de la Plata, el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata*. Desde ese día hasta la aparición de la *Gazeta de Buenos-Ayres* (junio de 1810-septiembre de 1821), iniciada por la Primera Junta de gobierno, hubo tres periódicos que se sucedieron entre sí casi sin superponerse en sus fechas de publicación: el *Telégrafo* (abril de 1801-octubre de 1802), el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (agosto de 1802-febrero de 1807, con una interrupción en julio y agosto de 1806) y el *Correo de Comercio* (marzo de 1810-abril de 1811)⁹. Compartían algunas características formales: impresos *in cuarto*, medían unos diez centímetros de ancho por dieciséis de alto (excepto algunos números extraordinarios de medio folio), tenían ocho o dieciséis páginas (a veces, en los extraordinarios o suplementos, cuatro o doce), de modo de aprovechar por completo uno o dos pliegos de papel, se publicaban semanalmente (excepto el período bisemanal del *Telégrafo*) y sus números se agrupaban en tomos: trimestrales para el *Telégrafo*, semestrales para la *Gazeta*, anuales para los otros dos¹⁰.

⁷ La primera imprenta del actual territorio argentino fue instalada por los padres jesuitas en el Colegio de Montserrat, en Córdoba, en 1764. Luego de la expulsión de la orden en 1767, la universidad y el colegio pasaron al control de los franciscanos, que discontinuaron el uso de la imprenta. Cuando en 1779 el virrey Vértiz ordena su traslado a Buenos Aires para dar un medio de sostenimiento a la Casa de Niños Expósitos, la imprenta está desarmada y guardada en un sótano. Ver Furlong 1947: 151-163. Es posible que haya existido una imprenta en las misiones jesuíticas del actual nordeste argentino a comienzos del siglo XVIII.

⁸ En el marco de lo que Wiebe Bijker ha denominado “abordaje sociohistórico” de los estudios sobre la tecnología, una tecnología no consiste sólo en un artefacto mecánico, sino que es una serie de prácticas sociales y culturales que surgen en la interacción de los seres humanos y los dispositivos técnicos (Bijker et al. 1990).

⁹ La *Gazeta del Gobierno de Buenos Aires* (octubre de 1809-enero de 1810) reproducía la *Gazeta del Gobierno* de Sevilla. A partir de ahora, cito como TM, SAIC y CC respectivamente.

¹⁰ La *Gazeta*... cambiaría su formato al medio pliego en 1812, que se volvería el estándar en las siguientes décadas. El formato *in cuarto* era el estándar en la América colonial y también en la Europa contemporánea, aunque ya a fines del siglo XVIII había publicaciones más grandes al menos en Inglaterra. Por otro lado, el *Correo de Comercio* y la *Gazeta* tienen una caja de texto más aireada y una tipografía más clara y limpia; sus ejemplares no salieron de la imprenta jesuita, cuyos gastados tipos producían letras irregulares e interespacios sucios en las páginas del *Semanario*, sino de la imprenta con la que los británicos habían publicado *The Southern Star/La Estrella del Sur* en la Montevideo

Otra característica común fue la representación de una figura de *nuevo lector*: otros *sujetos lectores* y otro *régimen de lectura* aparece representado en las páginas de los primeros periódicos rioplatenses. Los periódicos rioplatenses definían su lector ideal como un *sujeto débil*, alejado del ideal ilustrado, que necesita de la conducción de un letrado para entrar en su “mayoría de edad”: mujeres, niños, jóvenes, labradores, campesinos, analfabetos.

El Telégrafo: la vocación historiógrafa

Nació el *Telégrafo*... con un objetivo claramente señalado: la mentada difusión de las “luces”. En su prospecto, que se titulaba “Análisis”, Cabello y Mesa trazaba primero una brevísima historia universal, según la cual en los tiempos más remotos las sociedades estudiaban al hombre y la naturaleza y sólo transmitían aquellos conocimientos “que tuviesen mas íntima relacion con sus intereses, y circunstancias” (TM, “Análisis”, 1). El primer acontecimiento central de esa historia es una ficción fundante de diversas culturas, la instauración de la ley (equivalente al establecimiento de la sociedad, una versión contraria a los relatos del “pacto social”), en una enumeración que mezcla al Dios judeocristiano, dioses de diversos panteones, personajes legendarios y reales, hechos históricos e hipotéticos:

[...] *Dios* (en Sinai) diese à Moyses la Ley: *Nembrod*, à los Bavi[1]onios: *Osiris*, à Egipto: *Foromeo*, à los Griegos: *Romulo*, à Roma: *Dracon*, à los Atenenses: *Zoroofstes*, à los Persas: *Platon*, a los Macedonios: *Pitòn*, à los Corintos: *Minos*, à Creta: *Lesco*, à los Polacos: *Mahoma*, à los Araves: *Protogoras*, à los Turcos: *Confucio*, à los Chinos: *Egverto*, à Inglaterra: *Faramundo*, à los Franceses: *Ataulfo* à España: *Manco-Capac*, à los Indios Peruanos [...] (TM, “Análisis”, 7)

En la mayoría de los casos se trata de creadores de ciudades o de autores de leyes escritas; a lo largo del ensayo, historia de la civilización e historia de la escritura marchan paralelas. Por ello, cuando se enfoca en la historia de España y las colonias americanas, los acontecimientos privilegiados son la introducción de la escritura en la península, la primera imprenta, “Máquina admirable”, y, finalmente, la prensa periódica, considerada una institución ilustrada por excelencia:

Desde este invento utilísimo: desde la Imprenta (digo) se generalizaron las ideas de los hombres [...] todos los individuos de la *Sociedad civil*, se hicieron útiles, y honraron á la *Patria*. Ya establecidas las Prensas en casi todas las Naciones, empezaron a sudar papeles innumerables; pero entre ellos, ninguno adoptaron por mas útil al *Estado*, y

conquistada en 1807. También en 1809 llegaron de España quince cajas de letras nuevas (Furlong 1955) Ese mismo año se empiezan a usar, un poco caóticamente y mezclados con las existentes tipografías romanas, tipos de diseño inglés, tanto el ya común Caslon como los novedosos Fry (creado en 1796) y Walbaum (en 1800). El *Correo de Comercio* trae el nombre y la primera letra de cada número en los refinados tipos ornamentados de Fry y es más sobrio en el uso de orlas y separaciones que sus dos predecesores. Las tipografías que no volverían a ser usadas, bien por decisión del imprentero, bien porque se perdieron, fueron las góticas, elegidas por los británicos para los títulos de *The Southern Star/La Estrella del Sur*.

Pueblo, que el *Periodico* ú *Folio volante*, que baxó diferentes aspectos, se encamina para la pro comun, y su deleyte. A estos papeles, deben todos los Países la ilustracion, y lugar preferente que hoy ocupan en el luminoso Quadro del Universo[.] Esos Periódicos, despues del honor, que infieren à la Patria, disponen de las memorias pòstumas: immortalizan los objetos [...] (TM, “Análisis”, 8)

Nueve años antes, entonces, Cabello y Mesa delimitaba para la prensa periódica funciones similares a las que Belgrano haría explícitas: difundir conocimientos útiles y fijar la información para el futuro. También el censor oficial de Buenos Aires, Benito Mata-Linares, acordaba en su dictamen inserto en la presentación del *Telégrafo*, en lo que parece una ociosa repetición del texto redactado por Cabello y Mesa:

[...] ocupado todo [el orbe] por las Guerras, se embruteció la sociedad entera; hasta que la *Prensa*, asoció todos los Ingenios: una de las principales ocupaciones de esta, ha sido la de los *papeles periodicos*, y ellos han contribuido a excitar la ilustración [...] Buenos-Ayres podrá formar algunos que al mismo tiempo de acreditar la instrucción de sus habitantes, ilustre el Orbe con noticias utiles, sacadas de sus propios fondos, y de la que le suministra la vasta extension de este Vireinato [...] (TM, “Análisis”, 3)

Con todo, el mismo amable censor que felicitaba y alentaba al innovador letrado advertía explícitamente que debía guardarse moderación, evitar la sátira, “no abusar de los conceptos” y “meditar bien los discursos” para que no se contradijeran con la religión y la política aceptadas (TM, “Análisis”, 4). Y además definía para el *Telégrafo* otra doble función: acercar los conocimientos europeos a la lejana colonia rioplatense y comunicar al resto del mundo las “noticias útiles” locales. Qué decir y a quiénes aparecía delimitado en el dictamen del censor y, si bien no sería acatado rigurosamente -abundaron, por ejemplo, los textos satíricos-, contribuyó a moldear tanto el discurso del periódico como las expectativas de los potenciales lectores. Sin embargo, el público imaginado para esos textos gradualmente se va identificando con los lectores locales.

El *Telégrafo* apostaba crearse un público propio, tarea urgente, por otro lado, teniendo en cuenta su carácter comercial: más allá de las ampulosas declamaciones de servicio a la patria y de sacrificio por la ilustración de sus prójimos, Cabello y Mesa se proponía convertirlo en una fuente de ingresos estable¹¹. Por ello, la representación del público sería siempre la más amplia posible: el *Telégrafo* aparecía como un texto *útil* para todos¹². Y, para cierto público, *necesario*: ningún lector ilustrado debía dejar pasar la oportunidad de instruirse y de apoyar un emprendimiento tan beneficioso, no solo por su propio beneficio sino también por obligación patriótica. Si escritura y posteridad se hallan

¹¹ De ahí los constantes reclamos a los suscriptores por deudas impagas y aún la amenaza de publicar sus nombres.

¹² Un colaborador identificado apenas como “un subscriptor” pone de relieve la amplitud de criterio para evaluar el valor de un texto literario: “[...] ¿quál habrá que los merezca [los elogios] mas cumplidamente que aquel en que se hallen conbinadas la fuerza de la expresión, con la pureza del estilo, y la común utilidad? ¿Cuál que aquel que se arrebatte con mas fuerza los públicos sufragios, y que á manera de clarín sonoro transmita desde uno al otro polo la idea de nuestra ilustración? Un papel en que se nos dá un *juicio general del año*, una *Tabla de purgas y sangrías para saber quando son buenas ó malas*, ¿puede ser ni mas recomendable por los objetos que abraza, ni mas digno de nuestro aprecio por el común provecho” (TM I, 8, 63)?

unidas en la tradición occidental, la época del prensa periódica agrega una torsión al tópico: no es tanto la escritura cuanto la dimensión de *lo público*; la escritura, es cierto, prolonga en el tiempo ideas y textos, pero su circulación, exponencialmente aumentada por la imprenta, garante esa perduración:

Los Templos y Circos de Marmol de Roma, obras admirables en que la belleza del trabajo disputaba con la riqueza de la materia, no hubieran henchido al Orbe entero, con el ruido de su grandeza, sino hubiese habido Fabricios, Camilos y Scipiones [...] Así, ¿Quién hasta hoy sabría las excelencias del magestuoso *Rio Paraná*, sino hubiese *Labardenes*, *Pregos de Olivér* y *Medranos* que (à la manera de 3 Pintores diferentes, que siendo de una misma Escuela, tienen sus gracias particulares, y de los cuales se puede decir con razon *Facies non omnibus una, nec diversa tamen*) cantasen sus riquezas, é hiciesen inmortal? (TM, I, 6, 44-45)

Manuel José de Lavardén, José Prego de Oliver y Manuel Medrano eran letrados que habían publicado poemas neoclásicos en el *Telégrafo*¹³. Amén de los textos propiamente históricos del texto (por ejemplo, la recensión de la historia de Córdoba y la polémica que suscitó a lo largo de varios números¹⁴) y del reformismo que encara como acción histórica, la mayor intervención *en la historia* del *Telégrafo* pasa justamente por ese afán de fijarse como un pasado del futuro, de disponer las *memorias póstumas e inmortalizar objetos*, como testimonio escrito para los historiadores futuros.

El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio: primeras versiones de la historia

Cuando el *Telégrafo* aún corría en la ciudad colonial, otro emprendimiento editorial empezó a desarrollarse: el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, editado por Juan Hipólito Vieytes a partir del primero de septiembre de 1802. El *Semanario*, continuador del *Telégrafo* en muchos aspectos, venía sin embargo a proponer un nuevo tipo de periódico.

Si el título del primero mentaba una gran diversidad, destinada a un público interesado en los múltiples temas de la publicación, en el segundo hay otra enumeración de menor heterogeneidad: claramente, el propósito inicial es tratar de materias económicas. Cuánto de ese propósito se cumpliría en los cinco años de existencia del *Semanario* es ya otra cuestión: el proyecto inicial de difusión y promoción técnica concebido como el reemplazo de una bibliografía inexistente se vería alterado por urgencias del contexto que obligaron al editor a cubrir una demanda más “periodística” en términos modernos, en tanto el espacio ganado por las “noticias” a través de los años era cada vez mayor. El periódico surgió como expresión de un proyecto modernizador, cuyo principal sostén sería su editor y autor de muchas de sus páginas, Juan Hipólito Vieytes. El “Prospecto”, que buscaba diferenciarse del experimento de Cabello y Mesa y establecer claramente sus propósitos, tenía sin embargo la misma inspiración ilustrada que su antecesor local: propagar la educación. Para ello, el periódico arma un circuito de circulación de la

¹³ Ver los números 1, 4 y 6 del tomo I, respectivamente.

¹⁴ Ver Martínez Gramuglia 2010, en particular la nota 26.

información, de los sabios europeos a los lectores de libros urbanos americanos, escritores a su vez de periódicos, que viajan de la ciudad a la campaña para ser leídos, en voz alta, por los sacerdotes rurales, únicos letrados en ese ámbito.

Si bien no estaba ausente de sus páginas, la historia no era una materia privilegiada. En sus tres primeros años, el *Semanario* se estableció gradualmente como un periódico que mezclaba artículos políticos y teóricos en general con la explicación de saberes técnicos, junto con noticias regulares del comercio, como el arribo y la partida de buques de los puertos rioplatenses, y otras más extraordinarias, como la llegada de la vacuna antivariólica a Buenos Aires, disposiciones gubernamentales y el hallazgo de una roca peligrosa en el Río de la Plata.

Con la guerra hispano-inglesa de 1804, el espacio ganado por las noticias políticas, si no constante, sería definitivo: dependiendo de la aleatoria llegada de periódicos extranjeros y aún de la información transmitida oralmente por marinos, el *Semanario* abundó en información sobre la guerra, desde decisiones gubernamentales a los detalles de una batalla o la captura de un buque en alta mar. Se publicaban incluso documentos y artículos a los que se atribuían autoría inglesa que criticaban duramente la guerra y la actitud de su gobierno, lo cual contrastaba con la cerrada defensa del gobierno español que lleva adelante el *Semanario*.

Pero si las “novedades” no se impusieron completamente en el contenido del *Semanario*, sí terminaron por hacerlo en la posibilidad misma de producir el periódico. A diferencia de los tres tomos anteriores, que reúnen cada uno un año de la publicación, el cuarto se corta abruptamente el 25 de junio de 1806, con el número 197. Y eso se debió a que ese mismo día se veían por primera vez, desde la costa de Buenos Aires, las corbetas inglesas que sin ser esperadas de nadie traían esa distante guerra al sur de América. Las noticias bélicas, finalmente, determinaban la publicación del *Semanario*: en la Buenos Aires que los ingleses conquistaron y lograron dominar por poco más de un mes, no había lugar para el periódico de Vieytes, quien por otro lado estaba bastante más atareado desde que cambió la pluma y los tipos de imprenta por el sable del cuerpo de voluntarios que daría lugar al regimiento de Patricios luego de la Reconquista de la ciudad.

Después de la abrupta interrupción del tomo IV, producida la Reconquista de la ciudad de Buenos Aires, el 24 de septiembre de 1806 se reinicia la publicación del *Semanario* a partir de un pedido expreso del héroe de la hora, Santiago de Liniers, que un orgulloso Vieytes reproduce en las primeras páginas del número de ese día. Pero al tiempo que elogia su anterior tarea y ensalza las virtudes del periódico, el reconquistador le impone en su carta una misión:

Espero que volverá Vm. á emprender este util curso literario [...] como asi mismo espero que me impondrá de los hechos de beneficencia, y de patriotismo con que se han distinguido todos estos moradores en el feliz suceso de la reconquista, y no han llegado á mi noticia, para que todo el Mundo los conozca, sirva de ejemplo á todos [...] (SAIC, V, 2)

Y efectivamente el editor obedecerá el mandato con una disciplina previsible en el ahora capitán de Patricios: el *Semanario* se convertirá en un texto de contenido casi

exclusivamente político y militar, en el marco de una ciudad que ha sido invadida una vez y que sabe que el enemigo permanece con su flota en el Río de la Plata y con una avanzada en el puerto de Maldonado, muy cerca de Montevideo. Pero en el mismo número inserta las disculpas del caso:

Testigo sois que [...] he hecho quantos esfuerzos me han sido imaginables para cumplir en algun modo con la obligación a que me habia ligado su prospecto, que fue algunas veces necesario el no ceñirme a su proposito, y que para transmitir desde hoy en adelante al mundo entero las glorias de nuestra Patria, y los indecibles esfuerzos que hacen para sostenerla en todo su esplendor sus dignos habitantes, me es hoy, mas que nunca indispensable el relajar una no pequeña parte de aquella obligación. (SAIC, V, 2)

En la Buenos Aires que presurosamente se militarizaba entre una y otra invasión, donde se ordenaban ejercicios militares a todos los ciudadanos, se festejaba el triunfo pasado, se otorgaban condecoraciones y se organizaban pujas de poder entre las distintas corporaciones (incluyendo una nueva, las milicias criollas), el *Semanario* participaba de una amplia campaña de preparación bélica. En sus artículos, se reproducían proclamas, se estatúan premios para quienes mostrasen más valor en caso de una segunda invasión, se exhibían, en relatos ejemplares de la pasada Reconquista, modelos a seguir, específicos para los hombres, las mujeres, los militares, los niños. Y hasta se hacía la crónica de los entrenamientos marciales en la ciudad. Además, se multiplicaban los enunciadores de los textos, que casi no recurrían a reproducir otras publicaciones: abundan los “remitidos”, las proclamas del Cabildo, del virrey Sobremonte y de Liniers, nombrado Comandante militar de la plaza. Y también aparecen nuevos enunciadores resguardados en el seudónimo, como “El soldado”, “Los Comandantes”, “El último soldado de Buenos Aires”.

Uno en particular se repite varias veces: “El Observador de Buenos Aires”, que se dirige alternativamente “a sus compatriotas”, “a sus jóvenes”, “a sus damas” y al público en general más de una vez. El Observador dedica sus textos a la prédica patriótica, que es por otro lado la materia principal del *Semanario* en el último tomo; mezclando elogios por la acción pasada y recomendaciones frente a un nuevo ataque, los textos participaban del simultáneo clima de festejo y temor que cubrió la Buenos Aires reconquistada.

Temor que se hace visible en la reproducción de cada noticia concerniente a Montevideo, sobre la que existe un bloqueo naval y la cercana amenaza de las tropas inglesas apostadas en Maldonado: reproduciendo un *Diario de Montevideo*, el *Semanario* informaba con apenas una o dos semanas de retraso los movimientos cotidianos de las tropas y naves enemigas. Y festejo que se hace presente no sólo en la permanente exaltación del valor porteño exhibido durante la Reconquista, sino también en otro texto que corre inserto: el 14 de enero de 1807, en el número 214, apareció un mensaje enviado por Liniers al editor del periódico, en el que informaba que se había capturado un bergantín procedente de Liverpool, en el que se hallaron numerosas gacetas inglesas. La obtención de esos textos, llegados seguramente cuando ya el número estaba terminado, despertó tanto entusiasmo en Vieytes que apenas unos días después, el sábado 17, publicó un número extraordinario reproduciendo fragmentos de esas gacetas, publicadas en

Inglaterra desde el 13 de octubre al 3 noviembre, cuando llegaron a Londres los rumores de que los ingleses habían perdido su “más valuable conquista”. Nuevamente el *Semanario* recurre a darle una voz al enemigo, aunque, lejos de cualquier polifonía, es una voz alternativa que reconfirma el contenido del discurso en el cual se inserta¹⁵.

El “Observador” consideraba que ya no era tiempo de tiradas teóricas, sino que los sonidos de la guerra habían traído a la prensa periódica una nueva obligación: la de llevar el elogio del valor y el sentimiento patriótico también a los pueblos de campaña. Ya no quedaban rastros de la plena confianza en la modernidad ilustrada con la que empezaba el “Prospecto”, que instaba a reemplazar la sangre de la batalla por el sudor del trabajo: la realidad se había encargado de refutar esa posibilidad abrazada con tanto entusiasmo. Por eso, en su último texto, del 21 de enero de 1807 (apenas tres semanas antes del cese de la publicación), reseñaba la revista general de las tropas del 15 de enero, en un clima de algarabía popular:

[...] tal fue el objeto de tan maravillosa concurrencia. Citadas las tropas de ante mano para este memorable dia, y combidado su vecindario todo á presenciar el primer campo de Marte que desde la conquista se ha visto en nuestra America, se empezó desde las dos de la mañana á tocar la generala por las calles [...] Allí hubieras visto el placer y la alegría con que todos concurrieron con sus armas [...] (SAIC, V, 158)

Ahora, el eje del texto era el elogio del patriotismo; cada oración comienza con “Alli hubieras visto...”, haciendo presente cada uno de los elementos mencionados. El Observador refería el ordenamiento de los distintos batallones en la ciudad, mencionando los triunfos y virtudes de cada uno, y describía las respuestas de la gente que admiraba los ejercicios militares. Los labradores se habían convertido en soldados y eso se volvía motivo de orgullo para el letrado porteño:

[...] todo nuestro inmenso pueblo rodeando á los soldados de la Patria, y admirando la alegría el esfuerzo y el teson con que han sabido estos nunca bien ponderados Compatriotas cambiar la faz de una poblacion agricultora en una Ciudad aguerrida y militar. (SAIC, V, 169)

Si apenas cinco años atrás, en el número inaugural, Vieytes había elogiado las espadas que se transformaban en arados (SAIC, I, iii), citando la manida imagen bíblica, ahora el elogio es el cambio de los agricultores en guerreros. Y de esa transformación de la ciudad ilustrada a la ciudad militarizada de 1807 el *Semanario* quería y debía dar testimonio a la posteridad.

El Correo de Comercio: la gloria del presente

Manuel Belgrano, movido por la ética del letrado que comentamos al principio, comienza a editar el tercero de los periódicos finicoloniales, que se publica al filo de la Revolución de Mayo y que viene a cerrar una época y a abrir otra: el conocimiento de la

¹⁵ También se publica simultáneamente, como un suelto, una “Noticia extensa” de once páginas sobre la victoria de Francia (aliada española) sobre Prusia (aliada británica) en la batalla de Jena.

letra escrita impone la obligación de “ilustrar” y servir al “adelantamiento de ideas”. El *Correo de Comercio* se publica entre el 3 de marzo de 1810 (si bien el “Prospecto” es anterior al 24 de enero, fecha en la que el virrey Baltasar Hidalgo Cisneros autoriza la circulación del periódico¹⁶) y el 6 de abril de 1811. Sale puntualmente cada sábado durante ese período, sumando un total de cincuenta y ocho números de ocho páginas cada uno, cuarenta de los cuales están acompañados de un “suplemento” de extensión variable (de dos a ocho páginas). Número y suplemento se dividen la información contenida: mientras el primero trata aspectos teóricos de la temática seleccionada por el diario e incluye algunos otros textos de interés general, como poemas y algunas noticias menores, locales y extranjeras, el suplemento, que no está foliado, trae información puramente comercial, como la entrada y salida de buques, precios de artículos y algunos avisos de compra y venta de objetos o de servicios. La cancelación del periódico se ha explicado a partir de los acontecimientos del 5 y 6 de abril de 1811, cuando los levantamientos populares de Buenos Aires forzaron la salida de la Junta de gobierno del grupo que propiciaba una independencia total y cambiaron el clima político de la revolución al imponer la fuerza numérica del “bajo pueblo”¹⁷.

El *Correo de Comercio* fue pensado como un continuador del *Semanario* y de hecho se proponía llenar el vacío que aquel había dejado en la escena letrada porteña. Así lo reconoce Belgrano en la primera página del “Prospecto del periódico que se intenta publicar con el título de Correo de Comercio”:

El ruido de las armas, cuyos gloriosos resultados admira el mundo, alejó de nosotros un Periódico utilísimo con que los conocimientos lograban extenderse en la materia mas importante á la felicidad de estas Provincias: tal fue el *Semanario de agricultura*, cuyo Editor se conservará siempre en nuestra memoria, particularmente en la de los que hemos visto á algunos de nuestros labradores haber puesto en práctica sus saludables lecciones y consejos, y de que no pocas ventajas han resultado. (CC, “Prospecto”, 1)

El periódico está definido por tratar materias económicas, entendidas en un sentido amplio (al punto de incluir la reforma de las costumbres y el bienestar individual como progreso humano general), abrazando con un énfasis aun mayor que sus predecesores el liberalismo económico¹⁸. La división entre “número” y “suplemento” apunta a constituir un periódico eminentemente doctrinario, pues la información utilitaria se considera un

¹⁶ Esta autorización precede a la portada del número 1 y según la paginación original es la primera página del tomo I.

¹⁷ A los fines de este artículo, tomaré únicamente el período en que Belgrano fue su responsable, hasta el 25 de agosto de 1810. El 19 de agosto, se veía comprometido en otra obligación patriótica, la de cambiar su título de abogado por el de general, comisionado por la Junta de gobierno para ponerse al frente de la Expedición Auxiliadora del Paraguay.

¹⁸ Énfasis visible cuando Belgrano escribe “Los precios de todas las especies vendibles se arreglan por si mismos en todas partes, siguiendo en ello la regla de la demanda efectiva” (CC I, 2, 9), o bien “[...] va ya asomando la aurora de esta felicidad inmarcesible; ya no vemos en nuestros labradores pobres, ni en nuestros jornaleros, aquella miserable desnudez en que traian retratada su indigencia y su abandono; ya no vemos aquella casi universal apatia aun á la mas honrosa ocupacion; porque el deseo de poseer y disfrutar que desconocieron ántes, vá arraigando profundamente en ellos, y despertando los vivisimos deseos de adquirir; situacion feliz, si se sabe favorecer con oportunidad [...]” (CC I, 3, 17).

exceso, un extra respecto del mensaje que se quiere transmitir, tanto que en ocasiones, como el 19 de mayo, el editor puede simplemente indicar “[n]o se dá en esta semana el medio pliego del Suplemento por no haber habido tiempo para su composición” (CC I, 12, 96) o con aun mayor laconismo, el 28 de julio: “Nota. No se da el suplemento esta semana por no tener tiempo” (CC I, 22, 176).

Asimismo, la nueva publicación se dirige, según su “Dedicatoria”, a los artesanos, comerciantes y labradores. Para Belgrano, su editor, la función de la prensa es la comunicación de conocimientos útiles para llevar adelante un programa económico de inspiración liberal (cuyas fuentes están tanto en el pensamiento Adam Smith como en la fisiocracia y “neomercantilismo”¹⁹). El crecimiento económico individual habría de redundar en un progreso social general. Toda la empresa editorial, entonces, se justifica en el fomento de la actividad económica y la difusión de nuevos conocimientos para el “adelantamiento” de estos tres grupos de trabajadores, que se convertirán en un progreso general en la sociedad.

Asimismo, los destinatarios son representados como respondiendo a su interpelación. Se construye una ficción periodística en la que esta relación se verifica a tal punto que esos mismos destinatarios recurren ahora a la escritura: también ellos contribuirán a la ilustración general, representados ahora como tomando la pluma para ser sus difusores. De sus nombres genéricos estampados como firmas bien puede deducirse una existencia sólo ficcional, como instancia de enunciación creada por el propio periódico que a la vez ratifica el proyecto editorial y denuncia su fracaso. Estas ficciones responden en alguna medida a las urgencias de un proyecto político reformista cuyos frutos no pueden verse en lo inmediato.

Como anotábamos al comienzo de estas páginas, los textos de los periódicos porteños están cargados de una pulsión de futuro que en ningún lugar se ven mejor que en los ambiciosos proyectos de reformas económicas, sean estos de mejora del agro, de creación de escuelas de artes y oficios o de eliminar las regulaciones del comercio exterior para multiplicar las operaciones. Y aún en propuestas mínimas, presentadas con cierta grandilocuencia, la apuesta es a futuro:

Intimamente persuadidos de que los plantíos acaso un objeto el mas principal, y de la atencion mas útil al público, nos atrevemos á ponerlos en el rango de las virtudes [...] En efecto, hacer plantíos es *sembrar la abundancia* por todas partes, y dexar *una herencia pingüe á la posteridad*. (CC I, 9, 63, subrayado propio)

Del mismo modo que al plantear insistentemente la necesidad de educar a hombres y mujeres: “Nuestros lectores tal vez se fastidiarán con que les hablemos tanto de escuelas; pero que se convenzan de que existen en *un pais nuevo* que necesita echar los fundamentos de *su prosperidad perpetua*” (CC I, 21, 167, subrayado propio).

¹⁹ Respecto de los pensadores agrupados con esta denominación y su difusión en América, ver Chiaramonte 1992.

En un periódico remiso a incluir textos históricos, cuando se hace es actualizando el tópico de la *Historia Magistra Vitae*: antes que un interés genuino por el pasado, el objetivo es extraer de ella lecciones para el futuro²⁰:

Procurando indagar en la historia de los Pueblos las causas de la extinción de su existencia política, habiendo conseguido muchos de ellos un renombre que ha llegado hasta nuestros días, en vano las hemos buscado en la falta de Religión, en sus instituciones y leyes, en el abuso de la autoridad de los Gobernantes, en la corrupción de costumbres, y demas. [...] la única, la principal [causa], en una palabra, [es] la desunión. (CC I, 89)

El *Correo de Comercio* también elogia las victorias militares de la ciudad de Buenos Aires durante las invasiones inglesas, inscribiéndose en el clima de celebración que las numerosas producciones poéticas, fiestas públicas y celebraciones oficiales del período han contribuido a crear. El último de los tres periódicos finicoloniales viene así a unir un pasado reciente que se considera glorioso con un futuro que no lo es menos. Para acercarse a este, para lograr esa prosperidad perpetua se necesitan más lectores y más escritores. Como argumenta Belgrano al defender la libertad de prensa el 11 de agosto de 1810:

Si hay muchos que escriban, habrá mas que lean, y mas que hablen y se ocupen de lo que se escribe y se lee. Todos se van instruyendo y aficionando á las ciencias y á las artes, según sus inclinaciones, y despues de algun tiempo de libertad, saldrán á luz talentos superiores que hasta ahora estarán enmohecidos por la falta de habito y costumbre de discurrir, de hablar con libertad, de leer y de escribir, por el abatimiento en que los han tenido la falta de los libros excelentes, y el despotismo que ha tenido oprimidos hasta los pensamientos. (CC I, 24, 176)

La unión entre difusión del conocimiento, discusión pública y progreso económico, típica del pensamiento ilustrado, halla entonces en la prensa periódica una de sus mejores herramientas. Ella parece garantizar un futuro positivo y permite a los textos convertirse en el pasado de ese futuro: un *pasado futuro*. Claro que el ruido de las armas, que según Belgrano ha alejado el *Semanario*, pronto hará lo mismo con el editor del *Correo de Comercio*, cuando los caminos de la revolución lo lleven al combate independentista.

La época de la prensa periódica en el Río de la Plata

Al comenzar este texto justifiqué la delimitación de una época a partir de la pulsión de futuro que atraviesa los textos de los años entre 1801 y 1810. El *Telégrafo*, el *Semanario* y el *Correo de Comercio* representan en sus páginas con mayor fuerza a medida que corre el tiempo distintos *pasados futuros*, presentes de la escritura que se quiere dejar atrás, que se quiere convertir rápidamente en pasado en nombre del ubicuo progreso ilustrado; así, al tiempo que dan cuenta de una ampliación del horizonte de expectativas delatan también una insatisfacción creciente con el presente vivido. El cierre de esa época

²⁰ Sobre la importancia de esta concepción de la historia y su cambio como índice de modernidad, ver Koselleck 2004: 26-42.

está marcado por el momento en que el futuro ya llegó: la revolución. Se trata por cierto de un futuro distinto del esperado, que obligará a revisar el pasado y a reconfigurarlo como tal. La difusión del nuevo horizonte de expectativas, cada vez más diferente del espacio de la experiencia, liquida la época a partir de su propio éxito: en 1810 ya las expectativas de cambio económico, social y político han desbordado el permeable círculo de la élite, como culminación de un proceso entre cuyas causas debe al menos ocupar un lugar, entre otros, la tarea ilustradora de la prensa periódica. Se escribe para ilustrar, se lee para ilustrarse: que aquellas figuras sociales que el discurso ilustrado concebía como “sujetos débiles” tomen la palabra y produzcan un discurso escrito demuestra no tanto una inversión de roles cuanto un auténtico éxito de la práctica ilustradora de la prensa periódica. Poco importa que se trate de auténticos labradores o verdaderas mujeres, sino que lo relevante es que se presentan y se constituyen como tales en tanto que instancia enunciativa; basta pensar en la diferencia que existe entre plantear como enunciativo al propio labrador, tal como hace Belgrano, y necesitar todavía de un intermediario letrado, el sacerdote rural, para producir un diálogo semejante, como ha debido hacer Vieytes.

Si aceptamos que la época que nos interesa explorar aquí se abre cuando un grupo de letrados ilustrados insatisfechos con el presente que viven comienzan a producir textos con esa singular pulsión de futuro, y aceptamos también que da paso a otra en que esa pulsión de futuro se halla propagada en otros estratos de la sociedad (de lo cual el apoyo popular que el “nuevo orden del día” va acumulando después del 25 de mayo de 1810 es prueba cabal), nos vemos obligados a aceptar también el papel central que desempeñó la prensa periódica en el despliegue de esa idea al reformular las relaciones de los sujetos con la escritura. En ese sentido, si bien los periódicos aquí analizados parecen no haber logrado instalarse como un consumo cultural de aquellos lectores tan denodadamente buscados y prolijamente descriptos en sus páginas, difícilmente pueda considerarse esto un fracaso cuando sí lograron *algún* público; si la lectura de la prensa periódica es una actividad ilustrada tanto como su escritura es una actividad ilustradora, lectura y escritura cumplieron sus funciones al articular el sentido de la época.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

PERIÓDICOS

Correo de Comercio, febrero-agosto de 1810.

Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, agosto de 1802-febrero de 1807.

Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiógrafo del Río de la Plata, abril de 1801-octubre de 1802.

ESTUDIOS

Bijker, Wiebe *et al.* 1990. *The Social Construction of Technological Systems*. Cambridge: MIT.

- Caillet-Bois, Ricardo y Julio César González. 1941. "Antecedentes para explicar el proceso de clausura del *Telégrafo Mercantil*, el primer periódico impreso bonaerense". *Revista de Historia de América*. 12, 99-120.
- Chiaromonte, José Carlos. 1992. *La crítica ilustrada de la realidad*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Correa Luna, Carlos, Augusto S. Mallié y Rómulo Zabala. 1928. "Advertencia". *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (edición facsimilar). Tomo I. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 17-27.
- Certeau, Michel de. 1996. *Artes de hacer I. La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Interamericana.
- Díaz, César Luis. 1997. "Los albores del periodismo rioplatense". *Congreso Nacional de Historia Argentina bajo la advocación de los 150 años de la batalla de la Vuelta de Obligado*. Vol. 1. Buenos Aires: s/e, 59-71.
- Furlong, Guillermo. 1947. *Orígenes del arte tipográfico en América. Especialmente en la República Argentina*. Buenos Aires: Huarpes.
- Furlong, Guillermo. 1955. *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1850)*. Tomo II: *La imprenta en Buenos Aires (1785-1807)*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- Jauss, Hans Robert. 2004. "El proceso literario de lo moderno desde Rousseau hasta Adorno". *Las transformaciones de lo moderno. Estudio sobre las etapas de la modernidad*. Madrid: Machado, 65-96.
- Koselleck, Reinhart. 2004. *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*. New York: Columbia University Press.
- Maggio Ramírez, Matías. 2008. "Un puro vegetar. Representaciones de la lectura en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)", en Paulina Brunetti, Paulina, Matías Maggio Ramírez y María del Carmen Grillo (eds.), *Ensayos sobre la prensa*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 207-303.
- Maggio Ramírez, Matías. 2009. "Civilización imaginada. Lecturas sobre civilidad e identidad en la Buenos Aires colonial en su prensa periódica". *La Biblioteca*, 8, 262-284.
- Mariluz Urquijo, José M. 1988. "La *Gazeta de Buenos Aires* (1764)". *Investigaciones y Ensayos*, 38, 449-483.
- Martínez, Pablo. 2009. "El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata". *Mundo Agrario*, 18, s/p. En línea: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_issuetoc-&pid=1515599420090001&lng=es&nrm=iso>. Última consulta 28/03/2014.
- Martínez Gramuglia, Pablo. 2010. "A la búsqueda de lectores: el *Telégrafo Mercantil*". *Question*, 27, s/p. En línea: <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1000/913>>. Última consulta 28/03/2014.
- Martínez Gramuglia, Pablo. 2012. "Nuevos textos, nuevos (y viejos) lectores: la representación del público en los periódicos desde 1801 hasta 1810", en Graciela Batticuore y Sandra Gayol (eds.), *Lecturas de la cultura argentina 1810-1910-2010*. Buenos Aires: Prometeo, 24-41.

- Martini, Mónica. 1998. *Francisco Antonio Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*. Buenos Aires: Universidad del Salvador-Dunken.
- Martini, Mónica. 1999. “La imprenta y el periodismo”, en Academia Nacional de Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*. Tomo II. Buenos Aires: Planeta, 315-332.
- Navarro, Tatiana. 2008. *Configuraciones de la frontera en la prensa del Río de la Plata (1801-1807)* (tesis doctoral). Montreal: Université de Montréal.
- Navarro Floria, Pedro. 1987. “Notas para un estudio del ideario económico y político de Manuel Belgrano”. *Quinto Centenario*, 13, 173-196.
- Weinberg, Félix. 1956. “Juan Hipólito Vieytes, precursor y prócer de Mayo”, en Juan Hipólito Vieytes. *Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Raigal, 7-133.
- Weinberg, Gregorio. 1954. “Introducción”, en Manuel Belgrano, *Escritos económicos*. Buenos Aires: Raigal, 1-41.